

## EL IMPERIO LITERARIO DEL ÚLTIMO CÉSAR: CARLOS V Y LA ESPAÑA GLOBAL

Por Dr. Eduardo Lolo

Una mirada al infinito del tiempo, del espacio y de sí mismo parece haber sido determinante para que el hombre más poderoso del orbe durante el siglo XVI renunciara, inesperadamente, a su indisputable mando. Eso fue lo que hizo Carlos I de España y V del Sacro Imperio Romano Germánico, Rey de España, Nápoles, Sicilia y Cerdeña, Duque de Borgoña, Archiduque de Austria y otros títulos recibidos en una cuádruple herencia que supo solidificar e incrementar en menos de 4 décadas.

Nacido en Gante (Bélgica) en el año 1500, el hijo de Felipe El Hermoso y Juana la Loca estaba llamado a ser, por su linaje, uno de los personajes europeos más notorios de su tiempo. Y fue mucho más que eso al extender su importante presencia histórica a nivel global. A resultas de ello, su sucesor (Felipe II) llegó a reinar en una España donde se decía que “no se ponía el sol.”

La formación del joven Carlos de Gante estuvo a cargo de los más destacados intelectuales de la época, entre los cuales baste mencionar a Adriano de Utrecht (el futuro papa Adriano VI) y al obispo español Luis Cabeza de Vaca, recibiendo de manera directa la influencia de los humanistas del Renacimiento, fundamentalmente de Erasmo de Rotterdam. Todavía adolescente, en 1517 asciende al trono de España como Carlos I y se convierte en Emperador 4 años después.

Nieto de los Reyes Católicos, Carlos mantuvo durante toda su vida el mismo celo religioso de sus famosos abuelos, hasta con la espada en la mano cuando consideró necesario. Bajo su mandato se organizaron administrativamente los inmensos territorios hispanos de América, constituyéndose el Virreinato de Nueva España, el Virreinato de Perú, el Nuevo Reino de Granada y otras instancias menores. Como consecuencia de la Expedición Magallanes-Elcano, Carlos V extendió la soberanía española tan lejos como a las Filipinas y las Marianas. Para procurar orden en el intrincado mosaico geográfico bajo su señorío, constituyó en 1524 el Consejo de Indias y par de años después el Consejo de Estado, ambos encaminados a hacer más eficiente la administración de tan enorme imperio. Con el mismo sentido promulgó entre 1542 y 1543 las Nuevas Leyes de Indias.



*El Emperador Carlos V, óleo de Juan Pantoja de la Cruz. Museo Nacional del Prado.*

Conforme su dominio se extendía por todo el orbe, en Europa Carlos V tuvo que llevar a cabo una lucha constante frente al luteranismo en defensa del debilitado catolicismo que tal parecía tenía los días contados; sin embargo, gracias a la pericia bélica y política del joven emperador, la Iglesia Católica logró sobrevivir todos los asaltos, si bien quedara visiblemente debilitada ante el fracaso de los esfuerzos conciliatorios del monarca. No menos difíciles fueron sus combates contra su propio cuerpo: una deformación innata del maxilar le impidió masticar debidamente sus alimentos durante toda su vida y hasta hablar con claridad. La dolorosa gota, por otra parte, casi llega a imposibilitarle la locomoción propia. No obstante todo ello, se mantuvo activo y en constante movimiento durante todo su reinado, cabalgando combativo cuando la necesidad así lo requería. De ahí que España bajo su guía, y a pesar de estar rodeada de poderosos rivales tales como Francia e Inglaterra, fue la potencia política mundial más importante del siglo XVI.

Sin embargo, sorpresivamente en el pináculo de su carrera, Carlos V decidió buscar el reposo que le permitiera andar solo hacia sí mismo lo que sería su imprevisto tramo postrero de vida. Es por ello que en 1555 fractura su extenso imperio global, abdicando a favor de su hermano Fernando y de su hijo Felipe, el último de los cuales gobernaría España como Felipe II. Acompañado de un hijo natural que reconocería en su testamento, el autoexcluido emperador fallece inesperadamente de paludismo en 1558. Ninguno de sus sucesores en el trono del Sacro Imperio Romano Germánico igualó su poder, por lo que muy bien puede considerarse que Carlos V fue el último César verdadero.



*Erasmus de Róterdam, de Hans Holbein, El Joven. National Gallery, London.*

Desde el punto de vista de la cultura hispana, el reinado de Carlos V se caracteriza por la llegada del Renacimiento y del Humanismo a la Península, dando comienzo a lo que en la historia de la literatura española se denomina Siglo de Oro. Fue determinante que tanto Italia como los Países Bajos (fuentes definitivas de uno y otro) formaran parte de una misma unidad geográfica y política bajo la autoridad del César. En efecto, España accede al Renacimiento a través de Italia, al tiempo que la obra de Erasmo de Rotterdam y sus discípulos le llega desde los Países Bajos, transfiriendo a la rancia España el Humanismo Cristiano que Carlos V supo acoger desposeyéndolo del peligro protestante. De la parte norte del reino arribaron los adelantos tecnológicos relacionados con la impresión (los tipos movibles, la prensa; es decir, lo que conocemos como imprenta) con el consiguiente abaratamiento del libro y aumento de lectores. Todo ello –financiado, en parte, por los tributos de súbditos que nunca llegaron a poner un pie en la llamada “Madre

Tierra”—, hizo que la adormecida España medieval despertara con el ímpetu de un mar embravecido, en viaje histórico sin escala de la sima a la cima.

Contemporáneos con Carlos V (o muy cercanos en el tiempo) serían intelectuales hispanos de alto calibre que habrían de ser determinantes en la formación de la literatura en castellano que hoy conocemos y disfrutamos. Sirven de ejemplo Garcilaso de la Vega, Juan Boscán, Ignacio de Loyola, Juan de Valdés y otros. Nacerían y/o se formarían bajo su reinado escritores que alcanzarían la posteridad tales como Miguel de Cervantes, San Juan de la Cruz, Fray Luis de León, etc.

Boscán describe en una carta la anécdota de cómo comenzó en 1526, por exhortación de un diplomático veneciano, a escribir en español usando los patrones italianos. Sin embargo, sería su amigo (y colega cortesano) Garcilaso de la Vega quien convertiría el divertimento en moda y desarrollaría la nueva poesía renacentista española en toda su dimensión, seguido por la mayoría de los poetas de entonces. El Renacimiento literario, nacido en italiano, entraba al español por la puerta grande de la Corte del Emperador.

El carácter distintivo de la poesía renacentista en castellano sería el uso generalizado del verso endecasílabo, fundamentalmente en la combinación estrófica llamada soneto. La temática desarrollada y la actitud de los bardos permanecieron, sin embargo, hispanas en su esencia. La imitación inicial evolucionó en recreación: se gemía en forma italiana; pero se sentía en español. Además de Garcilaso y Boscán, vale la pena mencionar a Fernando de Herrera, fray Luis de León y San Juan de la Cruz. Entre todos crearon las condiciones para que poco después emergiera el movimiento poético más sobresaliente de las letras hispanas del Siglo de Oro: el barroco, liderado por figuras tales como Luis de Góngora y Francisco de Quevedo.



*Fragmento de un supuesto retrato de Garcilaso de la Vega, se encuentra en la Galería de Pinturas de Kassel (Alemania), de autor desconocido.*

La narrativa de tiempos de Carlos V evolucionó tanto como la poesía. Se hace popular un tipo de historia ficcional que mantendría su hegemonía por mucho tiempo: las novelas de caballería. Entre ellas cabe destacar *Los cuatro libros del virtuoso caballero Amadís de Gaula* la cual, aunque en versiones varias de finales del siglo XV, vino a tener su hechura definitiva y más reconocida en 1508, abriendo



un camino que transitarían narradores del resto del siglo. La popularidad de las novelas de caballería sería el génesis de la más notoria novela en idioma español de todos los tiempos y una de las más importantes de la literatura universal: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, aparecida poco menos que un siglo después del *Amadís*... Es de destacar que tanto una como otra todavía hoy en día siguen conquistando lectores. La novela pastoril y la novela morisca, con las cuales la de caballería compartiría lectores, no se mantendrían como lectura vigente hasta nuestra época, pero sus entregas fueron igualmente populares a finales del siglo XVI.

Otra modalidad narrativa precedente a los dos últimos ejemplos señalados es la que más adelante se bautizaría como novela picaresca. Sería su inicio y obra más conocida *La vida del Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*, impresa en 3 ediciones paralelas en 1554, aunque se considera que data entre 1525 y 1550. El héroe compartió entonces su popularidad con el antihéroe; el bucolismo, con la sátira; el registro de cualidades extraordinarias, con la descripción de hechos vulgares, por lo que la narrativa en castellano logró el retrato más fiel logrado hasta entonces de la sociedad española en su conjunto.

El abaratamiento del libro, como consecuencia de los adelantos tecnológicos de impresión llegados a España desde la zona germana del imperio, propició un destacado aumento en la producción de libros asequibles por sus bajos precios y, consiguientemente, un indudable incremento en la demanda del público. El hábito de la lectura se acrecentó lógicamente, aunque fuera de “segunda mano” dado el alto índice de analfabetismo de la época. Es por ello que se hizo particularmente popular la lectura en voz alta de novelas fragmentadas, en una especie de actualización del oficio de los antiguos aedas. Dicha lectura por episodios de narraciones pudiera considerarse una práctica precursora de los folletines de tanto éxito en el siglo XIX y sus igualmente exitosos descendientes del XX: las novelas radiales y las telenovelas, estas últimas todavía en boga.

El ensayo fue un género que también alcanzó un alto nivel en las letras hispanas del período, fundamentalmente debido a su militancia erasmista y su intención didáctica. El propio monarca se rodeó de algunos de los mejores ensayistas del siglo XVI. Entre ellos cabe destacar a Antonio de Guevara, quien perteneció al séquito del emperador, incluso en sus viajes, y se cree autor anónimo de importantes documentos políticos de la Corona. Su fama trascendió las fronteras hispanas, siendo considerado uno de los pensadores más exitosos de la Europa de su tiempo, fundamentalmente por *Epístolas familiares* (1539). Además de dicha colección epistolar,



posiblemente su obra más destacada, paradójicamente, presenta una visión nada simpática de la vida cortesana de la que disfrutó desde niño: *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, del mismo año.

Entre los seguidores de Erasmo no puede dejarse de mencionar a Alfonso de Valdés, cuyos diálogos eran lectura compartida por políticos y eclesiásticos por igual, aunque no siempre igualmente aceptados. Valdés fue Secretario y hasta Consejero de Carlos V. Otro ensayista de merecida fama fue Pero Mexía, cuya obra *Silva de varia mención* (1540) también alcanzó renombre internacional. A su pluma se debe el primer intento de historia de Carlos V.

El teatro del siglo XVI no tuvo, sin embargo, un desarrollo tan destacado como la poesía, la novela y el ensayo. Quedaron los nombres de Juan de la Encina, Gil Vicente y Torres Naharro, quienes cultivaron la modalidad escénica conocida como “teatro cortesano”. A finales de la centuria, aparecen los que se denominan “prelopidistas”, entre quienes vale mencionar a Lope de Rueda y Juan de la Cueva. Habría que esperar hasta Lope de Vega (nacido 4 años después de la muerte de Carlos V) para que el teatro español entrara de lleno en el Siglo de Oro. Y aunque es imposible determinar cuánto debe el Fénix de los Ingenios al reinado del último César, su llegada a la vida y su formación no pueden sustraerse del todo a los resultados del fundador del imperio hispánico. No en balde lo que se conoce como Siglo de Oro de la literatura española abarca mucho más que la rígida cifra de 100 años, aceptándose como tal el lapso entre 1500 y 1680.

La vasta extensión territorial hispana durante el reinado de Carlos V provocó una proporcional expansión religiosa y lingüística. La fe importada al Nuevo Mundo intentó suplantar del todo a los dioses autóctonos; pero ello no fue posible. Al final la religión europea católica, aunque prevaleciente hasta nuestros días, recibió casi tantos aportes como el léxico asombrado de los conquistadores. Por ejemplo: María se hizo india y hasta negra, por lo que es todavía saludada cada año con danzas precolombinas o africanas en su advocación como Virgen de Guadalupe y Virgen de Regla, respectivamente. Varios santos y beatos hispanoamericanos, de razas varias, habitan el panteón católico. Baste señalar los casos muy populares de Santa Rosa de Lima, San Juan Diego y San Martín de Porres.

El idioma español, a manera de adelantado cultural europeo, se utilizó no solamente como la lengua de los conquistadores, henchida de voces de estreno; sino también de los evangelizadores, de los geógrafos y, finalmente, de los escribanos devenidos en escritores. Porque es el caso que junto a la América hispana como ente geográfico, nacía una nueva cultura



*Ayate de Juan Diego, con la imagen de la Virgen, milagrosamente impresa según los creyentes.*

a la sombra de la palabra nueva. Una vez más en un principio sería el verbo, lo mismo para vencer que para convencer; pero esta vez no fue en hebreo, arameo o latín, sino en castellano. Y en dirección opuesta a los hombres viajarían las palabras para dar fe de las hazañas (reales, exageradas o supuestas) de sus hablantes y de las maravillas que degustaban, veían o imaginaban en sus aventuras. La llamada “literatura de Indias” fue, sin lugar a dudas, el origen de la literatura hispanoamericana actual. De España toma la lengua; pero de América el aura y la luz derivadas de una temática lógicamente inexistente en la literatura peninsular anterior. Las personas venidas de Europa regresan a horcajadas de las crónicas y memorias como personajes literarios, habitando narraciones donde la realidad iba siempre de la mano de la ficción, la mar de las veces fusionadas, como las deidades hispanoamericanas resultantes de la síncretis arriba aludida.



Retrato de Hernán Cortés basado en el enviado por el conquistador a Paulo Giovio, que sirvió de modelo a muchas de sus representaciones desde el siglo XVI.

Un ejemplo de altas miras de esa literatura proto-hispanoamericana es la colección conocida como las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés, cuyo supremo lector deseado era, precisamente, Carlos V. La obra describe la conquista del Imperio Azteca por los españoles y –tal y como la conocemos hoy en día– tuvo un largo génesis. La primera edición (de 1522) contaba solamente con la hoy llamada Segunda Carta. Dos años después aparece anexada la tercera y no es sino en 1525 que el texto de la cuarta misiva se hace público. Habría que esperar hasta el siglo XIX para que el Acta de Constitución del Municipio de Veracruz (considerada, desde entonces, la Primera Carta, aunque nada tiene que ver con el género epistolar) y la quinta y última misiva, se incorporaran al conjunto. Algo posterior, pero igualmente de alto valor literario, es *Naufragio* (1542), de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, donde el autor combina las peripecias de su andanzas por lo que serían los Estados Unidos con profundas observaciones etnográficas de las tribus nativas que encontrara a su paso. Con características más cercanas a la historiografía, tal y como la conocemos hoy, es de destacar la *Historia general y natural de las Indias* (1535) debida a la pluma de Gonzalo Fernández de Oviedo, a quien Carlos V le otorgara el título de cronista oficial. No obstante la fama de las piezas antedichas, la obra española de tema americano más conocida del siglo XVI sería la que más criticaría la epopeya hispana en América: la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1552) de fray Bartolomé de las Casas, la cual sirvió de fuente a la llamada “leyenda negra” de la anexión de América al último gran imperio europeo.

Sin embargo, los autores españoles ‘americanizados’ por la temática del Nuevo Mundo serían muy pronto desplazados por escritores criollos (muchos de ellos mestizos de razas disímiles), herederos de la sólida literatura peninsular renacentista desarrollada en tiempos de Carlos V. Llama la atención el hecho de que quien es considerado el primer escritor hispanoamericano propiamente dicho (el Inca Garcilaso de la Vega) haya sido sobrino-nieto del afamado autor peninsular cuyo nombre ostenta, formado en y parte de la Corte de Carlos V. Este otro Garcilaso, tal y como lo habían hecho los cronistas e historiadores europeos que le precedieron, escribiría en español sobre temas americanos; pero con una nueva visión: la que solamente otorga una pertenencia real al entorno y las circunstancias que se describen, lo cual le propiciaría haber sido hijo de una ñusta o princesa inca. El creador de los *Comentarios reales de los incas* (1609) comenzaría una relación de autores de importancia universal que incluiría a Sor Juana Inés de la Cruz, Domingo F. Sarmiento, J. Martí, R. Darío, Rómulo Gallegos, Miguel Ángel Asturias, y un largo y prolongado etcétera, todavía en progreso.



El Inca Garcilaso de la Vega, a partir de un retrato de Francisco González Gamarrat.



Retrato de Carlos V, de Tiziano. Pinacoteca Antigua de Múnich (Alemania)

Carlos I de España y V del Sacro Imperio Romano Germánico, Rey de España, Nápoles, Sicilia y Cerdeña, Duque de Borgoña, Archiduque de Austria, etc. etc. fracasó en su intento de congeniar y unir bajo un solo techo histórico a luteranos y católicos. Pero fue del todo exitoso congeniando y uniendo bajo un mismo techo cultural a la literatura española con la italiana, a la ideología erasmista con el dogma católico, a la realidad con la ficción, y a lo español con lo americano. De su imperio físico no quedan más que recuerdos obstinados, tapices deshilachados, espadas herrumbrientas y pergaminos apolillados. Pero del tenaz hálito de su reinado emerge, con indiscutible solidez de tiempo, el imperio literario de una España global donde sigue sin ponerse el sol. Porque desde entonces, y gracias a la regencia del último César, la cultura hispana es solo amanecer.

Miami, verano de 2017.

El Dr. Eduardo Lolo es catedrático jubilado de la Universidad de la Ciudad de Nueva York (CUNY) y autor de varios libros de historia y crítica literaria. Miembro Numerario de la Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE), Académico Correspondiente en los EE.UU. de la Real Academia Española (RAE), y Comendador de Número de la Imperial Orden Hispánica de Carlos V de la Sociedad Heráldica Española.

Para más, véase <http://eduardololo.com>